



HOGARES DON BOSCO

FORMACIÓN CRISTIANA

ETAPA III

MARÍA, MUJER HEBREA

ORACIÓN

Señor, haz de mí...

Sal del mundo: que me convierta en gourmet del Reino, añadiendo a la vida de cada día el único ingrediente que conserva en su totalidad todas sus propiedades: Dios. (Mt 5, 13)

Luz de las gentes: que nadie pase por mi vida sin contemplar el enorme voltaje de paz, amistad y Amor que Tú has encendido en mí. (Mt 5, 14-16)

Cimiento sólido: que las inclemencias y las adversidades de cada día no permitan echar abajo la gran obra que Tú estás construyendo en mi vida. (Mt 7, 24-27)

Semilla que cae en tierra buena: que tu Palabra cale profundamente en mi corazón y pueda dar fruto y fruto abundante. (Mt 13, 3-8. 18-23)

Trigo en medio de la cizaña: que combata el mal con el bien, sin violencia, sin críticas destructivas, sin puñetazos encima de la mesa..., dejando que el Sembrador se encargue de la cosecha. (Mt 13, 24-30. 36-43)

Grano de mostaza: que, desde el anonimato y los últimos puestos, pueda contribuir a acercar tu Reino entre mi gente creciendo en sabiduría, prudencia y Amor de Dios. (Mt 13, 31-32)

Levadura en medio de la masa: que mi vida sea un fermento de buenas obras en medio de mis hermanos. (Mt 13, 33)

Tesoro a la vista de todos: que sean muchos los que me encuentren y puedan adquirir, a precio de hermano agradecido, las maravillas que Tú depositas en mí. (Mt 13, 44)

Talento productivo: que jamás entierre los dones que Tú me entregas cada día, y tenga la valentía y la generosidad suficientes para compartirlos con mis hermanos (Mt 25, 14-30)

Señor, Maestro bueno y generoso, haz de mi vida una parábola de carne y hueso, capaz de transmitir, a través de las acciones y de los acontecimientos de cada día, tus enseñanzas a mis hermanos, haciendo de mi corazón, escuela del Reino, abierto las 24 horas del día, los 365 días del año.

MARIA, MUJER HEBREA

Loli Ruiz, FMA (Ponencia del VIII Congreso Nacional de M^{re} Auxiliadora celebrado en Zaragoza en mayo de 2013)

María, mujer de fe hebrea y primera cristiana

« Nuestra fe en la Encarnación nos obliga a poner a María y a Jesús en su contexto social y religioso que era el de la Galilea del siglo primero». María de Nazaret fue una mujer hebrea de

su tiempo, perteneciente al resto fiel de Israel anunciado por los profetas, los anawin, la gente humilde que vivía con la confianza puesta en Dios.

Y es en este estrato social donde elige hacerse hombre el mismo Dios. Jesús de Nazaret es hebreo porque su madre era hebrea y es la madre la que da identidad al hebreo. También es necesario el reconocimiento del padre y sabemos que José fue un auténtico padre adoptivo para Jesús. Ambos lo insertaron en el Pueblo de Israel.

María es una mujer hebrea, esposa de un carpintero, José de la casa de David. Es una persona normal en su ambiente y así continúa siendo y comportándose tras lo acontecido en ella. Es más, María y José cumplen su papel de padres hebreos educando a Jesús dentro de la más genuina tradición de Israel. Todo parece indicar que llevaron una vida ordinaria y anónima, entre los que no cuentan para el mundo ni los poderosos V, sin embargo, viviendo la manifestación más cercana del Dios con-nosotros, (Enmanuel).

María de Nazaret en cuanto hija de su pueblo y madre de Jesús, y por tanto mujer hebrea de su tiempo fue testimonio para su hijo de los valores de una praxis religiosa que él mismo decidió acoger y vivir según la observancia tradicional, revelándose en la perspectiva de que no ha venido para "abolir" sino para "cumplir" según el designio del Padre (cf. Mt 5,17-19).

Como toda mujer hebrea, María al despertar cada mañana recitaba una bendición: «Bendito seas Señor que me has creado por tu voluntad». Cada día María aceptaba su condición de mujer y recordaba que era una criatura de Dios (salmo 8).

María sabía, como todos los hebreos, que el cuerpo del hombre y de la mujer son templo del Espíritu. «Como templo cada uno porta en sí su Menorah (candelabro de siete brazos) sobre su cara donde hay siete aberturas. Encender la Menorah del rostro significaba hacer una sonrisa al otro, mirarlo con simpatía y transmitir la luz del espíritu».

Cada sábado María preparaba las velas sobre la mesa de la familia y tenía el privilegio de recitar la bendición cuando encendía las velas: «Bendito seas Señor que nos has pedido encender la luz».

María, según el testimonio del Evangelio, compartía las expectativas y esperanzas de Israel, dimensión que emerge significativamente en el modo en el que alaba al Señor durante su encuentro con Isabel; vivía con un gran respeto por la Torá y observando los preceptos mosaicos, a la luz de los cuales educa a Jesús preparándolo a su "madurez religiosa" según prescribe la Tradición.

Hemos de recordar y contemplar el inicio de la FE cristiana, contemplando a María, que siendo una joven mujer hebrea, se convierte en representante de toda la humanidad que dice «Sí» a los planes de Dios antes que a los suyos, y además con alegría. María se fía de Dios; su fe es paragonable a la de Abraham, el padre de los creyentes.

Como hija de Sión, María aparece ligada indisolublemente a su Pueblo, del cual es el padre Abraham. María es el último eslabón de la cadena de generaciones que se extienden de Abraham hasta Cristo. La laboriosa historia del Antiguo Israel, culminó en Jesús y, unida a él en María, la mujer hebrea de la que Él nació.

La fe según las Escrituras

El Antiguo Testamento utiliza diversas raíces para expresar lo que significa creer, es decir, para manifestar el acto y el contenido de la fe de quien deposita la confianza en el Señor: Aman: ser

sólido, ser fiel; Batah: confiar; Hasah: buscar refugio y amparo; Qawah: esperar; Yahal: tener esperanza; Hakah: tener constancia y paciencia.

El sentido teológico de estas raíces manifiesta que el rasgo más sobresaliente de la fe a lo largo del AT estriba en la confianza de la persona en Dios y en sus promesas, confianza que implica, consecuentemente, el compromiso del creyente de poner en práctica los preceptos del Señor.

La raíz aman (ser sólido, ser fiel) es la más importante para describir la naturaleza del acto de fe en el ámbito de la predicación profética. El Señor es el único firme por excelencia, quien otorga la fortaleza al ser humano para que pueda mantenerse fiel en la conducta ética y religiosa de los preceptos divinos.

En el cristianismo primitivo la asunción del término fe (πίστις) como palabra principal para indicar la relación de la persona con Dios se debe a la análoga posición de preeminencia que la "fe" había alcanzado en el AT y en el judaísmo donde, ella se había convertido en la expresión más comprometedora del comportamiento religioso, y en parte a la intensa vocación misionera del primer cristianismo. En el lenguaje misionero, FE significa aceptar al Dios anunciado en el mensaje (Rom 1,5) y convertirse a él.

Uno de los escritos de NT que más habla de la fe es la carta a los Hebreos. Cristo es el iniciador y el consumidor de la fe (Heb 12,2) y la fe se define sobre todo como la perseverancia en el camino abierto por Cristo. En Hebreos 11 se ve claramente que, en plena conformidad con el AT creer en las palabras significa obedecer a ellas. En algunos de los personajes recordados en Hebreos 11 su fe se identifica con su obediencia.

La fe se traduce en el actuar, y el actuar cristiano se sintetiza en dos aspectos: buscar la Paz y la Santidad.

San Pablo crea la expresión "obediencia de la fe", es decir una aceptación vivencial, que pasa a la vida cotidiana que se somete al Evangelio, esto es, la aceptación de la Gracia lleva a vivir en Gracia o lo que es lo mismo a vivir según el Espíritu.

La fe no es una obra buena, como la incredulidad no es una obra malvada. Son decisiones y, por tanto, actos en el sentido verdadero de la palabra. San Pablo y san Juan concuerdan en afirmar que la fe tiene el carácter de la obediencia: dócil aceptación de la palabra, implica fidelidad en obedecer lo que ella me indica.

Lo que expresa la Sagrada Escritura sobre la fe, lo vemos cumplido en María: «Por la fe, María acogió la palabra del Ángel y creyó en el anuncio de que sería la Madre de Dios en la obediencia de su entrega (cf. Lc 1,38). En la visita a Isabel entonó su canto de alabanza al Omnipotente por las maravillas que hace en quienes se encomiendan a Él (cf. Lc 1, 46-55). Con gozo y temblor dio a luz a su único hijo, manteniendo intacta su virginidad (d. Lc 2, 6-7). Confiada en su esposo José, llevó a Jesús a Egipto para salvarlo de la persecución de Herodes (cf. Mt 2, 13-15). Con la misma fe siguió al Señor en su predicación y permaneció con él hasta el Calvario (d. Jn 19,25-27). Con fe, María saboreó los frutos de la resurrección de Jesús y, guardando todos los recuerdos en su corazón (d. Lc 2, 19.51), los transmitió a los Doce, reunidos con ella en el Cenáculo para recibir el Espíritu Santo (d. Hch 1, 14; 2, 1-4)>>.

1º Leer cada Texto sin prisa, con detención, cayendo en la cuenta de las ideas que nos aporta o recuerda.

2Q. Subrayar estas ideas para comentarlas en el grupo.

3Q • Tener la valentía de hacernos preguntas que nos vienen sugeridas por esta formación, reflexionar juntos/as y llegar a algún compromiso explícito que podamos recordar y revisar cuando de nuevo nos encontremos en grupo.

ORACIÓN

Tengo miedo para decirte que SÍ

TENGO MIEDO A DECIRTE QUE SÍ

porque... ¿a dónde me vas a llevar?...

Tengo miedo a arriesgarme, a firmar un cheque en blanco para darte un SÍ, que genere una reacción de "sies" en cadena; y sin embargo... ¡no tengo paz!

Tú me persigues, Señor, me acechas por todas partes. Me aturdo con el ruido porque temo oír tu voz; pero Tú te infiltras en el silencio. Me desvíó del camino al verte, pero cuando llego al fondo del sendero, ¡ALLÍ ESTÁS TÚ!

¿Dónde podré esconderme si te encuentro siempre?

No, no hay modo de esquivarte. ... Pero, es que tengo miedo de decirte que SÍ, Señor. Tengo miedo de alargarte la mano, porque la aferras en la tuya... Tengo miedo de encontrarme con tu mirada, porque me seducirás...

Tengo miedo de tus exigencias, porque eres un Dios celoso...

Apuntas hacia mí, pero esquivo el blanco. Me aprisionas, pero me resisto. Y sigo combatiendo, sabiendo que estoy vencido.

Pero... es que, de veras, ¿se te puede resistir?... Señor, para que llegue tu Reino y no el mío, ayúdame a decir que SÍ. Ayúdame a decir que SÍ, para que se haga tu voluntad y no la mía.